

Popular Film



SUMARIO: De la España cinematográfica. — La mala memoria de Agustín García Corrasco, por Luis Gómez Mesa (Editorial). — Bases del Concurso de POPULAR FILM: ¿Tengo condiciones para ser artista de cine? — CRÓNICA DE PARÍS: Los estudios cinematográficos, por Jean Desjardins. — EL RETABLO DE MAESE PEDRO: El teatro nuevo y autores noveles, por Martínez de Ribera; Un comentario de Bernard Shaw; El grupo «Compañeros de tablado», de Francia y «Saloncillos». — PÁGINA MUSICAL: La Pampero (Pericón), del maestro F. Palencia. — FRENTE A LA PANTALLA: Gráficos de «El sol de medianoche» y Ecos de Barcelona. — LA MODA EN EL CINE: Las eternas variaciones de la moda, por Miss Gladys. — MUSEO FOTOGRÁFICO: Retrato de Enrique Borrás. — PELE-MELE: Perfil literario; Angel Samblancat, por Mateo Santos; Presentaciones y estrenos. — ARGUMENTO DE LA SEMANA: «El Asalto del ambulante de Correos», por Ralph Lewis.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Villarroel, 186-París, 134-Ba. Biblioteca Nacional de España

Precio: **20** Cents.

ESTABLECIMIENTOS
DALMAU OLIVERES,
S. A.

Drogas
Productos Químicos
y Farmacéuticos

Central:

Paseo de la Industria, 14
Teléfono 1408 A

Sucursales:

Plaza de la Universidad, 8
Teléfono 1406 A

Ronda San Antonio, 1
Teléfono 2425 A

Paseo de Gracia, 132 y Salmerón, 2
Teléfono 1487 G

B A R C E L O N A

Sucursal en Palma de Mallorca
Av. Alejandro Rosselló, 7, 9, 11

Sucursal en Córdoba
Gran Capitán, 40

Popular Film

Gerente: Isidro Bultó Casanovas

Administrador y Apoderado: J. Olivet Vives

Director técnico y Apoderado: S. Torres Benet

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 734 G. - BARCELONA

Director literario: Mateo Santos

Redactor jefe: Martínez de Ribera

Director musical: Maestro G. Faura

30 DE SEPTIEMBRE DE 1926

Oficinas en Madrid: Hortaleza, 46, pral.

Delegado: Domingo Romero

Director: Luis Gómez Mesa

DE LA ESPAÑA CINEMATOGRAFICA

La mala memoria de Agustín García Carrasco

NINGÚN director español posee mejor preparación para ejercer tan ardua profesión que Agustín García Carrasco. Autor de aplaudidas obras teatrales, novelista ameno y dibujante de irónica intención, no hay rincón del Arte que desconozca. Se puede afirmar sin temor a la hipérbole que nació apadrinado por las musas. Su espíritu inquieto le condujo por los más opuestos derroteros, y si no destacó de manera vigorosa ni en las letras ni en la pintura, fué debido a eso: a su afán de abarcarlo todo. Mas ya es mérito, y grande, dedicarse al mismo tiempo a cinco cosas diferentísimas, y desempeñar lucido papel en las cinco. Sólo un hombre de la enorme capacidad de Carrasco realiza semejante hazaña. Porque — y que disimule, si herimos su modestia— aparte de ser un trabajador formidable, está dotado de un fuerte talento y de una voluntad indomable, de acero: como que no existe fuerza humana que le obligue a retroceder; plan que se traza, plan que lleva a cabo por dificultades que se presenten; al contrario, a mayores contratiempos, mayor entusiasmo. En la única parte del alma que flojea algo Carrasco es en la memoria.



La cara apacible y burlona de A. G. Carrasco no refleja fielmente su carácter; con razón se dice que "las apariencias engañan"

—¿Con que ni acordarse?
—¿Acordarme? ¿Y de qué?
—¿Y me lo pregunta usted? Me gusta su tranquilidad.
—Si no se explica con claridad, maldito si le entiendo.
—¿Pero es cierto que no se acuerda de que hoy me había citado usted para celebrar la entrevista que me prometió?
Antes de contestarme mira el calendario para notas de su mesa de despacho; mas, sí, sí, me río yo de la previsión: tuvo que arrancar varias hojas para dar con la referente a mi audiencia.
—Dispéñeme usted; es que...
—Punto en boca, amigo. ¿De suerte que no sabe usted qué día es hoy?
—Jueves.
—¡Ca! Sábado.
—Usted se hará cargo de que la vida de un director de películas no es muy a propósito para el orden, que...
—Le comprendo y le disculpo. No necesita usted jurarme que la nómina no le quita el sueño. Se ve. Dichoso usted que llega a fin de mes sin ahogos pecuniarios. El empleado, en cambio, ya procura enterarse de lo que falta para cobrar...
—Vamos, vamos, no se ponga usted pesado.
—Es verdad. Me preocupó demasiado de la cuestión de los funcionarios públicos, asunto que considero de interés cardinal para la nación. Pero me olvidaba de que el objeto de mi visita es hablar con usted de cinematografía, y no de política ni de derecho. También ando yo regular de memoria.
—Pero no le producirá los trastornos que a mí me causa. Fíjese que quedo con los actores en impresionar por la tarde

tal escena interior, y por la mañana se me ocurre marcharme a Vizcaya a pasar una semana para elegir los exteriores de otra película.

—Eso es inspiración, amigo, y cerebro. Y cerebro, sí, señor, que ustedes los directores técnico-artísticos son la película entera: el «guión», puesto que lo acoplan a las condiciones especiales del arte mudo; los actores, ya que los adiestran a conciencia en la interpretación; el operador, a quien instruyen de antemano en su cometido...

—Basta ya. ¿O es que es usted el entrevistado?

—¡Y qué más da! El caso es charlar. De todos modos, usted no se escapa del interrogatorio. Que yo le someto a uno severísimo, como si se tratase de un juicio de suma trascendencia, eso es viejo. Impecemos. ¿Qué producciones ha dirigido usted?

Carrasco calla. De pronto me percaté de mi precipitación. Con el juego de mi escasez de memoria, me olvidé de que el fuerte de mi interlocutor no es, precisamente, recordar. Intento en vano enmendar el yerro. Carrasco no me escucha.

—Dirigido, lo que se dice dirigido en regla: «Corazón o la vida de una modista», «Pepita Jiménez», «Los hijos del trabajo», y ahora «La sirena del Cantábrico».

—¿Intervino usted en la filmación de «El señor feudal»?

—¡Psh! A medias. Intervenia cuando me dejaban los capitalistas, el director general de la cinta, señor Vilá, y el tiempo, que era enero y en Segovia, ¡calcule usted!...

—¿Qué opina usted de las relaciones del cinematógrafo con la literatura?

—Que el arte mudo, como independiente que es, precisa argumentos inéditos, originales, que ni sean teatro ni novela, que se ciñan a la rapidez de los cuadros cinéticos...

—Entonces, ¿usted es partidario de una literatura cinematográfica?

—Literatura o como se llame; pero algo que entre exclusivamente por los ojos, sin que los demás sentidos participen en ello. La música, que pertenece por completo al oído, es magnífica. ¿Por qué no conseguir que el cine lo sea igualmente? Prescindanse de las adaptaciones de novelas y obras teatrales: créense, invéntese tramas expresamente para el cine, y el éxito será rotundo, definitivo. Libres de los prejuicios y perjuicios de las cineversiones de dramas, comedias y zarzuelas, no se caerá en los defectos de un teatro sin palabras o de una narración fría, descolorida, sino que surgirá el cine auténtico, el digno hermano de las bellas artes. Aislados movimientos innovadores de los alemanes, son promesa feliz de lo que será este arte joven.

—Y de España, ¿qué piensa usted?

—¿Qué quiere usted que piense? Que pudiendo disponer de

una cinematografía gigante, contamos con un simple pigmeo. Nuestro carácter chirigotero tomó a broma el genial invento. Que si la obscuridad de los cines, que si la gracia de Charlot, que si la sonrisa de Mary Pickford, que si las piruetas de Douglas...; siempre lo extranjero o lo insubstancial en la punta de la lengua. Hasta que un buen día se lanzó en guasa la idea de hacer películas. Y la guasa, fenómeno extraordinario, se convirtió en seriedad. Ya no es una quimera soñar con una pujante cinematografía hispana: el público; ustedes, los periodistas; los empresarios, todos nos ayudan con sus aplausos. Y los actores son excelentes. En cuanto a paisajes, monumentos, luz y alegría — ¡oh, nuestro purísimo cielo! —, repitamos el socorrido y justo tópico: España es un país «fotogénico».

—¿Cree usted honradamente que a España le espera un brillante porvenir cinematográfico?

—Indudablemente. ¿O es que si no lo creyese iba yo a trabajar con la fe y esperanza que trabajo?

Y para aumentar la firmeza de sus palabras, saca Carrasco el pañuelo en un enérgico ademán. Se lo quito, al advertir que está lleno de nudos.

—¿Qué significa esto?

—Lo ignoro. Aguarde, aguarde. ¡Ah, sí! Como son tantos los proyectos que tengo, decidí descargar a mi pobre cabeza de unos pocos, y los trasladé al pañuelo. Y para que no se me olvide de lo que se trata, suelo hacerme a diario un nuevo nudo. A este paso no es extraño que el día menos pensado me encuentre, en vez de un pañuelo, un gran nudo, y me pregunte: Bueno, ¿y esto qué es? ¡Ah, amigo! ¡Qué triste cosa es tener mala memoria!

Finjo no oír la cómica lamentación, y apunto: con hombres del temple y de la cultura de García Carrasco, el triunfo de la producción pelicular nacional es seguro.

L. GÓMEZ MESA

Madrid, septiembre 1926.

Los grandes concursos de POPULAR FILM

¿TENGO CONDICIONES PARA SER ARTISTA DE CINE?

Queriendo contribuir POPULAR FILM de un modo práctico al desarrollo artístico de la cinematografía española y sabiendo que entre sus numerosos lectores y lectoras hay muchos que se han preguntado más de una vez si reúnen condiciones para dedicarse al séptimo arte, abre un concurso fotogénico, en colaboración con la casa editora de películas, HÉRCULES FILM, de Madrid, bajo las siguientes

B A S E S

PRIMERA. — Todas las personas residentes en España, cualquiera que sea su estado y nacionalidad, pueden tomar parte en este concurso.

SEGUNDA. — Los que deseen concurrir a este concurso, deberán enviar a la Redacción de POPULAR FILM, por correo, y bajo sobre cerrado, diez boletines de los que se empezarán a publicar en el próximo número de la revista con el título «¿Tengo condiciones para ser artista de cine?», escribiendo en uno de ellos el nombre y dirección de la persona que los envía y acompañados de un retrato en busto y otro de cuerpo entero del concursante, en cuyo respaldo especificará éste su edad, estatura, peso, color de sus ojos y cabellos, deportes que cultiva, conocimientos intelectuales que posee y detalle de las labores artísticas a que se haya dedicado.

TERCERA. — Al mismo tiempo, y para no retrasar el resultado de este concurso, publicaremos otro boletín de votación para que, una vez terminado el concurso, los lectores de POPULAR FILM llenen dos de estos boletines en el que escribirán los nombres del concursante y de la concursante a quienes otorgan su voto.

CUARTA. — Los fotografías que nos envíen los concursantes de ambos sexos, se irán publicando, por riguroso turno, en POPULAR FILM.

QUINTA. — Finalizado el concurso, que se cerrará a las doce de la mañana del día 31 de diciembre del año actual, se procederá, ante un notario de Barcelona, al recuento de votos.

SEXTA. — El concursante y la concursante que resulten elegidos, podrán disponer cada uno de ellos de doscientas cincuenta pesetas; que la Administración de POPULAR FILM les adjudica para el viaje a Madrid y residencia de siete días en la capital de España.

SÉPTIMA. — Nuestro representante literario en Madrid, don Luis Gómez Mesa, presentará a los triunfantes en este concurso, al director de la casa editora de películas «Hércules Film», cuidándose, además, de su instalación en Madrid.

OCTAVA Y ÚLTIMA. — Don Agustín García Carrasco, director de la «Hércules Film», se compromete a contratar, para que formen parte de su compañía, a los que resulten elegidos en este concurso, siempre que reúnan las condiciones artísticas necesarias para triunfar en la pantalla.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Trimestre, 2'50 pesetas / Semestre, 4'75 pesetas / Año, 9'00 pesetas
Extranjero: 15 pesetas año * Pago por adelantado

Envíese el importe de la suscripción por giro postal o en sellos de correo.

Popular Film

© Biblioteca Nacional de España

CRÓNICA DE PARÍS

Los estudios cinematográficos

A todo aquel que no sea un observador hábil y llegue por vez primera a un estudio cinematográfico en plena actividad, le atraen, como el espejuelo atrae a la alondra, los juegos brillantes de la luz y la loca alegría de este mundo de ilusión, sin cesar renovado y riente. Pero al que le gusta llegar al alma de las cosas y no solamente observa a flor de piel, pronto se da cuenta de que aquellas decoraciones fastuosas y brillantes suponen el esfuerzo impropio de un ejército de trabajadores, que determinan sus actividades al compás monorrítmico y monótono del martillo de los maquinistas y tapiceros.

Es interesantísimo el aspecto de un estudio en pleno trabajo. Colgados de lo más alto de una escalera, que se mueve constante y suavemente, o bien corriendo por una estrecha pasarela suspendida a veinte metros del suelo, los electricistas arriesgan diariamente su vida; en los talleres de madera, hierro, modelado y tela pintada, equipos de obreros especializados preparan para el minuto señalado todos los elementos que precisa la decoración, y han de ser pronto montados para la hora exacta en que ha de amueblarse y ponerse en condiciones de habitabilidad, para que a la llegada del director de escena, cada uno en su puesto, se halle dispuesto a la faena, y cada cosa en su sitio, demuestre el cumplimiento más escrupuloso de las órdenes recibidas. Cuando el personal artístico trabaja, el personal técnico organiza y preve. Los «regisseurs» se preocupan de los trajes, accesorios, etc., y a veces hasta de encontrar lo inencontrable, pues la vida cotidiana de todo el

personal es una perpetua victoria sobre la dificultad.

Ya no estamos en aquella época en que los grandes productores americanos nos avergonzaban echando en cara a Europa la pobreza de sus estudios cinematográficos, ante cuya indigencia se enorgullecían, sin darse cuenta de que la vieja Europa, por aquel entonces, no interesada en la producción cinematográfica, balbuceaba en el séptimo arte, sin querer darse cuenta de la importancia que había de tener un día no lejano en la economía internacional. Hoy, los estudios de algunas casas francesas y alemanas pueden compararse sin desdoro a los grandes estudios de Hollywood, orgullo de los americanos y honra de la cinematografía universal.

Europa pretendía en años pasados triunfar por el arte de sus directores y por la mejor calidad de sus films artísticos; hoy se ha dado cuenta de que para la realización de los más bellos films es preciso contar, más que con el arte, con la industria especializada, por aquello de que la colmena bien ordenada, produce la mejor miel.

El estudio es imprescindible para dar a la estructura cinematográfica la bella forma a que es acreedor el progreso realizado por esta delicada manifestación de la actividad, pues hay cosas que únicamente se pueden hacer en un estudio preparado con todos los elementos que la técnica cinematográfica requiere, sin que esto quiera decir que se abuse de él, sino todo lo contrario, pues débese en todo film dar más importancia a los exteriores que a los interiores, porque aquellos son el sol, la realidad de la vida, la verdad; y éstos, lo ficticio, la labor del arte y de la técnica, nunca

comparables con la belleza suma de la Naturaleza viva. Esto quiere decir que está muy bien el uso del estudio, metódica, racional e industrialmente, pero sin que lleguemos al abuso que perjudicaría inmensamente a la obra artística.

JEAN DESJARDINS

ESTRENOS DE LA SEMANA

“Jim, el arponero”, de Pathé-Consortium

Jim Ceeley está casado con Esther Wis-casset, hija de un pastor. Su hermano Derek está enamorado de la joven y sólo piensa en seducirla para reemplazar a Jim.

Un día, Jim y Derek salen a la pesca de la ballena con su padre, y Derek aprovecha un momento de descuido de su hermano y lo precipita al mar. Jim es salvado, pero a consecuencia de un golpe recibido al caer, tienen que amputarle la pierna derecha. Jim no vuelve ya al lado de su esposa, creyéndola la amante de Derek.

Dos años más tarde, Jim es capitán de un barco de pasaje. Un día les sorprende en alta mar una furiosa tempestad. Un joven pasajero, creyendo su vida en peligro, refiere a Jim que él fué testigo de cómo Derek lo arrojó al mar dos años antes. En el mismo instante, un hombre es sacado del agua: este hombre es Derek. Los dos hermanos se desafían, y Jim, suponiendo que Esther estaba en el barco que ha naufragado y en el que iba Derek, castiga a éste que causó su desgracia.

Al regresar a su país, Jim encuentra viva a Esther. La embarcación en que ella iba, había escapado milagrosamente a la tempestad. Y como no han dejado de amarse, renacen para ellos los días felices.

«Jim, el arponero», es una buena película. Las escenas de la pesca de la ballena y la de la tempestad, son emocionantes. John Barrymore, George O'Hara y Dolores Costello, dan vida a este drama de familia.

El número de

POPULAR FILM

correspondiente al día 14 de octubre próximo, constará de 36 páginas, de las cuales 16 estarán dedicadas a

RODOLFO VALENTINO

publicándose abundantes fotografías en huecograbado de sus mejores producciones y una información verídica y completa de su vida y de su muerte.

No deje usted de adquirir el número extraordinario de

POPULAR FILM

Almacén de vidrios y cristales planos

Fábrica de espejos - Marcos y molduras

V. García Simón

Vía Layetana, núm. 13 - Teléfono 3870 A.

/ / BARCELONA / /

Popularfilm

El retablo de maese Pedro

El teatro nuevo y los autores noveles

En todos los estilos y en todas las bocas restenan duras y metálicas, las palabras que cantan la decadencia del teatro español actual, y no hay ningún caballero, de los que enristran pluma de ganso o plectro de oro, que no se crea con talento suficiente para juzgar los vicios de los autores del teatro actual y con fuerza creadora bastante, para en un momento y de un sólo bote de su lanzón, echar abajo, lo que llaman antiguos moldes, para crear sobre ellos el edificio sin par, de un teatro, que logre dar vida a todo aquello, que, según ellos, falta al teatro que realizan las primeras firmas de nuestra Sociedad de Autores.

Con acento no menos doliente y recio que el anterior, aseguran los cómicos que no hay obras, y tanto los unos como los otros, buscan al hombre u hombres, que hayan de ser la salvación, de este mal momento que a todos nos ahoga.

No quiero a ninguno de ellos quitarles la razón, y confieso francamente con los primeros, que la decadencia es un hecho y con los segundos, que las obras que se estrenan, son, en su mayoría, francamente malas. Pero al mismo tiempo que, honradamente, hago esta confesión, me pregunto irritado, contemplando el empaque de los regeneradores: ¿Qué hacéis que dejáis que triunfe lo malo, sin que el sagrado puntal de vuestra obra, salga a la luz del día, para detener esa decadencia que tanto cacareáis?... Nada; no hacen nada: prefieren tirar piedras a la luna y amenazarnos con el día en que se lancen a la palestra.



Pepe Santpere, el estupendo comediante que dirige la compañía del teatro Español

¡Es mucho orgullo el vuestro, señores míos y muy fácil de mantener sin demostración!

No sé si por su sonoridad o por su rotunda calificación, han adoptado la mayoría de estos señores, el título de Autores Noveles, siendo en la mayoría de los casos muy poco el autor y menos la novedad, pues no hicieron nada por demostrarnos lo primero y en la mayor



Rosita Hernández, guapa mujer y buena actriz del teatro Español

parte de los casos, los que se acogen a este título hicieron muy poco por mirar adelante, y atrás apenas volvieron la mirada.

El teatro nuevo, que lo mismo le puede hacer, el autor novel que el fósil literario—, caso de renovarse—no es ningún teatro, que se tenga que inventar, ni es privativo de ninguna escuela, que se tenga que definir. El teatro nuevo, es el teatro de todas las épocas y de todos los hombres que hicieron verdadero teatro, no se necesita buscar fórmulas nuevas, para dar vida al teatro que necesitamos y que no es otro, que aquel en el que vive la emoción y vibra con calor de humanidad.

La primitiva tragedia griega vivió también, durante una época, una amplia decadencia, a la que Eurípides dió el golpe más certero. Recordad un poco y recapacitad: ¿Qué puntales fueron aquellos, con los que el arte literario de la antigua Grecia evitó el desmoronamiento de su teatro? Fué el diálogo ingenioso y delicado, como lo fueron también el estudio psicológico de los caracteres y el arte literario, como elemento primordial con que definir las teorías nuevas de la comedia griega, que no recordaba para nada a la de los siglos anteriores.

¿No creéis pues, que en lugar de rebuscar *imaginativamente* formas nuevas, sería más práctico libar en el cáliz sereno de las flores que en los jardines clásicos florecieron?...

No vengáis a tomar el rábano por las hojas, queridos autores noveles contemporáneos; no trato de que creéis ni «Las Bacantes», ni «Antígona», ni «Electra», pues trato únicamente de que reconozcáis la senda olvidada, no para ir por ella, soportando el traqueteo de un carro griego, sino para que hagáis colocar sobre el surco que traza el hilo telefónico, con que comunicarnos, con los que fueron más de lo que vosotros, por ahora, sois.

Esto es muy fácil: todo consiste en que sepáis ser hijos de vuestra época y llevéis al teatro, personajes de carne y hueso, sin trampa y cartón. Vuestra equivocación consiste, en que queréis levantar un edificio sobre una base falsa, queréis hacer teatro nuevo, sin tener otro ejemplo que el del teatro actual, ni otra luz mayor que la que os presta vuestra honradez y vuestro eterno egotismo. Abandonadle por unos momentos y haced examen de conciencia. La egolatría se resiste y puede ampararse en el fenómeno muscular; pero cae por sí sola, en lo que se refiere al intelecto y al arte.

Las rosas griegas, son humanas rosas y su perfume persiste y se renueva a través del tiempo y la emoción. No os dejéis alucinar, por el actual perfume que no lo es, más que en vuestros sentidos atrofiados. Las rosas actuales no son tampoco tales rosas, son cardos disfrazados sin perfume y color, producto del eterno carnaval, que hemos hecho triunfar con nuestra falta de sinceridad y de verdad.

MARTÍNEZ DE RIBERA



Visita López, la excelente dama joven de la compañía del Español

Un comentario de Bernard Shaw

Bernard Shaw, el ilustre dramaturgo irlandés, reside, desde hace algún tiempo, en el campo, en un delicioso lugar, lejos del ajetreo ciudadano.

Hace unos días, le visitó su amigo y biógrafo, Archibald Henderson.

—¿Pero cómo se le ha ocurrido a usted esoger para retiro, un sitio tan poco hospitalario y salvaje? —preguntó Henderson al genial comediógrafo.

—¿Por qué? —repuso Bernard Shaw. — Sígame y lo comprenderá perfectamente.

En efecto, el autor de «Santa Juana» condujo a su amigo al camposanto del lugar y deteniéndose ante una tumba, señaló a Henderson la inscripción funeraria, grabada en la losa.

«Mr. R... muerto prematuramente, a los ochenta años de edad» —leyó Henderson.

Shaw, comentó entonces:

—¿Comprende usted ahora por qué he elegido este sitio? ¿Cree usted que no es conveniente vivir en un país donde el hombre que muere a los ochenta años pase por un hombre de vida corta?

Como es natural, el amigo y biógrafo del gran irlandés, quedó convencido.



Joaquín Montero, figura preeminente del teatro catalán, que actúa al lado de Enrique Borrás



Sra. Moreta, gloria de la escena catalana que figura en la compañía de Borrás



Roberto Samsó, el inteligente galán joven de la compañía del Novedades



Seta Jofre, exquisita dama joven de la compañía que debutará en Novedades

Toledo, y «La crise», de Cauchoud y René Maublanc, el día 16 del mismo mes.

El manifiesto lo firman Alcover, Paul Amiot, André Berley, Pierre Blanchar, Marcel André y Constant Remy.

Saloncillo

Un periodista joven y elegante, que usa muy bien de la ironía, dijo a unos compañeros en el foyer del Tivoli, al terminar la representación de una obra estrenada aquella noche por la compañía Rivera-De Rosas:

—Me gustaría conocer al autor de esta obra.

—Hombre, es fulano — se le objetó.

—Me refiero al autor del original. ¡Debe tener un talento macho!

Comentarios, también entre periodistas, otra noche de estreno en el Goya:

—¡Esto es una idiotez!

—¡Una necesidad!

—¡Una majadería!

Al poco rato, en el escenario, al autor:

—¡Chico, colosal!

—¡Definitivo!

—¡Estupendo!

Un espectador que ha oído los comentarios, en tono despectivo:

—¡Farsantes!



Sra. Xatart, notable característica que forma parte del elenco del teatro Novedades

El grupo "Compañeros de tablado", de Francia

La agrupación artística de París, «Compañeros de tablado», que anteriormente se tituló el «Grupo de los 6», ha publicado un manifiesto en el que, luego de comentar el estado actual del teatro en Francia, declara la necesidad de una reacción para darle su carácter verdadero, puesto que el teatro, esencialmente, es espectáculo y no debe sacrificarse en él al valor de la idea y a las cualidades del diálogo, la acción ni el interés visual.

En opinión de los «Compañeros de tablado», Francia cuenta con actores y con autores de valía y es conveniente que ofrezca en sus escenarios obras de positivo mérito.

Los tres primeros espectáculos que el interesante grupo artístico dará en París, serán: «Le trésor», de Ivan Noé, el día 9 del próximo noviembre; «Sois avare!», de Vitalis de

Varios escritores hablaban de formar en Barcelona una agrupación de seis u ocho autores dramáticos para explotar, por su cuenta, un teatro del Paralelo, en el que estrenarían sus obras.

—¡Eso no puede cuajar! ¡A los cuatro días irían a la greña! — observó uno.

—¿Por qué?—inquirió otro.

—Figuraos que uno de ellos tiene un éxito de cien representaciones. Los demás rabiaban al ver que mientras el triunfador cobraba buenos billetes en la Sociedad de Autores, ellos iban con los codos raídos y las botas en un continuo bostezo — explicaba el que primero habló.

—¡Pues es verdad! — exclama el segundo.

—No hay motivo para alarmarse — interviene un tercero—. Porque ¿cuál de esos autores escribiría la obra del éxito?

La Pampiera

(Pericón)

Del maestro F. Palencia

PIANO *ff*

3ª alla *pp*

Toco b

voz. *mf*

VOZ

f (ORQUESTA)

rit.

pp-ff

rit.

FIN. Al Fine

Con objeto de que nuestros lectores encuentren en la página musical las más bellas composiciones de la temporada, hemos procurado contar con los más interesantes maestros de la canción y el baile, los cuales nos han prometido la exclusiva de sus más originales producciones.

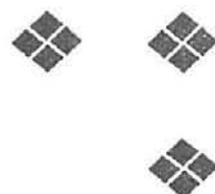


F R E N T E A L



Los gráficos que aparecen en esta doble plana, corresponden a la Super Joya "Universal", "El Sol de Medianoche", cuyo estreno constituirá uno de los acontecimientos cinematográficos más solemnes de la temporada.

PANTALLA



Laura la Plante, la refulgente "estrella" de la compañía de *Carl Laemmle*, es la protagonista de esta magnífica y suntuosa película, y su labor en ella la coloca entre las artistas de la pantalla de mayor renombre.

Popular Film

El Presidente Coolidge ve en sesión privada "El grandefile"

Según noticias recibidas, «El gran desfile» ha sido la única película proyectada en sesión privada al Presidente Coolidge, al Gobierno y a todos los Comandantes y Oficiales del Departamento de Guerra. Esta exhibición fué motivada porque la Metro Goldwyn debía todo el realismo de las escenas de la guerra a la asidua y útil cooperación del Departamento de Guerra, los que pusieron a disposición del director King Vidor cuantos detalles y facilidades pudieran necesitar para la impresión real y verídica de esta película. La presentación fué hecha con una orquesta completa, que tuvo que ser llevada de Washington a la Casa Blanca, residencia del Presidente Coolidge.

Un notable arquitecto alemán contratado por la Paramount

De acuerdo con las declaraciones de B. P. Schulberg y Héctor Turnbull, productores asociados de la Paramount, esta empresa acaba de contratar al famoso arquitecto alemán Hans Dreier para que haga los planos de arquitectura para varias obras que se van a impresionar muy en breve en los estudios de Famous Players.

Mr. Dreier tuvo a su cargo la construcción de los edificios de su gobierno en el Camerón, y durante los últimos años se ha dedicado a trabajar para el cine, siendo el autor de los planos de varias construcciones que aparecieron en las producciones de artistas tan prominentes como Pola Negri.

Se echan a pique cuatro barcos para la impresión de una película Paramount

James Cruze, famoso director cinematográfico, es responsable del hundimiento de cuatro barcos en las costas del Pacífico. Por orden suya fueron traídos cerca de la isla Catalina, y por orden suya, y a su voz de mando, fueron hundidos en las profundidades del Océano.

Lo más extraño de todo es que nadie hace responsable al célebre director por tal hecho. Por el contrario, los que han visto la exhibición preliminar de las primeras escenas de «Old Ironsides», han felicitado a Mr. Cruze por el hecho, y le auguraron grandes éxitos en el mundo entero. La película filmada es de tal magnitud, tan extraordinarias son las escenas en que aparecen estos barcos hundidos, que bien compensa el sacrificio hecho.

El argumento de «Old Ironsides» está basado en las luchas sostenidas por la entonces naciente marina americana contra los desmanes de los piratas tripolitanos. Varias batallas navales y algunos abordajes forman los episodios más importantes de la obra. La fidelidad histórica ha sido cuidadosamente respetada, dándole a las escenas toda la apariencia de la realidad. Los barcos hundidos al impresionar la película, tienen los mismos nombres que los que llevaron a cabo la gloriosa epopeya.

Caracterizan los primeros papeles en esta obra los famosos artistas Esther Ralston, Wallace Beery, George Bancroft, Charles Farrell y Johnnie Walker.

Mac Lean insinúa que prefiere las rubias

En este caso no se trata de matrimonio. Simplemente el gran actor cómico prefiere una actriz rubia para que caracterice la protagonista femenina de su próxima película para la Paramount, «Primero las señoras», por ser el tipo más adecuado para la obra.

Constance Howard ha sido la rubia afortunada. Casi completamente desconocida en el mundo de la pantalla, el famoso cómico la ha escogido para su primera actriz, y ya se encuentra en Hollywood trabajando en el estudio de la Paramount. Desde luego, aunque no conocida en el mundo de la pantalla, no por eso Miss Howard deja de serlo en el escenario de los principales teatros neoyorquinos, en los cuales ha causado sensación en obras de tanta importancia como «Madres que bailan», «Charm School» y algunas otras. Se sabe que no hay peligro de matrimonio por ahora. La linda actriz quiere primero conquistarse un nombre.

Procedimiento para hacer llorar

Un director de escena había contratado a una lindísima muchacha a la que le era imposible hacer llorar, y hasta que reflejase en su rostro la emoción de una alegría o un dolor y, en general, de un sentimiento cualquiera. Su gesto, invariablemente fijo, y su estupidez artística, hicieronle bien pronto comprender que se puede ser intensamente bella y no tener talento ninguno.

Un día leyó este director lo que Griffith había hecho para hacer llorar a Lillian Gish en un caso parecido, y quiso ensayar el procedimiento de Griffith con su bella y nueva «vedette», para lo cual, en el momento que le pareció más oportuno, adelantó uno de sus pies pisando concienzudamente uno de la artista.

El director de escena ignoraba que la neó-

fito contaba con un protector, hasta que sintió un puñetazo en pleno rostro que le hizo ver las estrellas... no las del cine, las otras. Por este procedimiento le quitaron al referido director de escena las ganas de contratar a la frígida belleza, y las de robarle trucos a Griffith.

Ya son tres Fairbanks

Hasta aquí me figuro lectores, que no conocíais más que a Douglas Fairbanks padre, y a Douglas Fairbanks hijo, el cual acaba de realizar una labor admirable creando un delicioso tipo de enamorado en «El sublime sacrificio de Stella Dallas». Pero estoy seguro de que no había, el nombre glorioso, sonado en vuestros oídos, siendo nuncio de una nueva aparición artística de esta interesante familia.

Miss Flobell Fairbanks, es la nueva artista de esta familia gloriosa, que se ha lanzado al arte mudo, y que después de ensayar en uno de los principales estudios de Hollywood, ha sido contratada para realizar una interesante película, que será, dentro de muy poco, llevada a la pantalla. Miss Flobell Fairbanks es sobrina de Douglas, lo cual hace que se tengan grandes esperanzas en ella, no defraudadas por las primeras pruebas, realizadas en los estudios norteamericanos.

El prestigio del nombre que lleva bastará para abrirla camino en la carrera que ha emprendido, yendo como va acompañada de una belleza maravillosa y de un encantador hechizo juvenil.

¿Qué desconocidos vendrán a ocupar los camerinos del nuevo estudio de Lasky?

He aquí la gran incógnita, la terrible incógnita que nadie puede descubrir, y que forma el futuro de las existencias de muchos millones de personas.

Lindos, recogidos, «privados», con esa atmósfera de arte que se respira en los lugares frecuentados por la bohemia avasalladora de los corazones de artistas, estos nuevos camerinos esperan silenciosamente a «los que vendrán», dóciles y amigos como esos perros familiares que reciben cortésmente a todo el que llega, pero que a muy pocos dan la bienvenida. ¿Qué misteriosos ensueños, qué esperanzas locas alimentarán en el porvenir? Nadie lo sabe, nadie puede saberlo. Ellos servirán a los esperanzados, que llegan como escalón ascendente para que alcancen la cúspide. En ellos las bellas actrices guardarán las ensoñaciones de la gloria que esperan conquistar; los graves actores que ya tienen un «pasado» recordarán con suma alegría los triunfos conquistados y que ya pasaron. Por ellos pasarán silenciosamente los que fracasan y los que triunfan; los favorecidos de la suerte y los que jamás han saboreado el pan de la victoria. ¿Qué misterio, qué enigmas encerrarán estos nuevos camerinos?

Hace trece años que en el antiguo estudio Lasky se construyeron unos cuantos como éstos. Poco a poco se fueron construyendo más, algunos de ellos, que sirvieron para hacer famosos a muchos artistas que ya han desaparecido; otros, recogieron las ansias de estrellas que hoy brillan con todo su esplendor; muchos, sirvieron de refugio momentáneo a muchísimos que no pudieron ver realizados sus sueños de grandezas. Y todos esos camerinos que un día recogieron los latidos ansiosos de millares de soñadores y de artistas de mérito, hoy ni aun siquiera podemos contemplar sus ruinas. Todo ha desaparecido; ya nada queda de la pasada grandeza. ¿Le ocurrirá lo mismo a estos nuevos camerinos que se yerguen orgullosos pregonando el poder de su belleza?

MARAVILLOSO

Y PRODIGIOSO INVENTO

LOS CABELLOS BLANCOS tomarán su primitivo color natural A LOS OCHO DÍAS de usar el INSUSTITUÍBLE ACEITE VEGETAL MEXICANO, PREMIADO GRAN PRIX, CRUCES Y MEDALLAS. No mancha absolutamente nada y por esto se usa con las mismas manos, como cualquier BRILLANTINA. El uso de este ACREDITADÍSIMO artículo no es para teñir los cabellos de tal o cual color: es únicamente para devolver a los CABELLOS BLANCOS su primitivo COLOR NATURAL, CON TODA GARANTÍA, hayan sido éstos RUBIOS, CASTAÑOS O NEGROS, sin que nadie pueda ni imaginarse que estén teñidos. Se garantiza también que no se caen los cabellos con su uso. Concesionario: E. SARRÁ. Se vende en todas las perfumerías de España. Precio, 6 y 10 pesetas. Con uno de los de a 10 pesetas hay cantidad suficiente para un año de uso.

“El Jazz-band del Follies” que se estrenará próximamente en Pathé Cinema y Capitol Cinema

Margarita Keenan, estrella del Broadway, es en el año 1925 la comedianta más salada y graciosa de Nueva York. Sus excéntricos bailes tienen la aprobación del público y la envidia de sus compañeras.

Margarita lo tiene todo, menos... *novio*. El público la llama «una buena chica», «la sal de la tierra» y cosas por el estilo, pero cuando se trata de galanterías y amoríos, se dirigen a las otras chicas del Follies.

Y así sucede, que mientras sus compañeras se ven colmadas de atenciones y delicadezas a la salida del teatro, Margarita se encuentra solamente con su chauffeur que la conduce a su casa para que cene con todo lujo, pero... *sola*. Con la ilusión propia de sus años, ella hace poner la mesa para dos, esperando que un día la suerte le deparase un compañero, pero hasta ahora el novio de la cocinera es el designado a disfrutar de la cena que sobra.

Una noche, al terminar la función y quedar vacío el teatro, Margarita oye el sonido del tambor y, atraída por la curiosidad, ve que en la orquesta ha quedado estudiando una composición nueva del jazz-band un músico llamado Carlos Cassidy. Margarita, entusiasmada por el sonido del jazz-band, empieza a bailar frenéticamente, sin notar que el suelo está lleno de jabón, dejado allí por la mujer que hace la limpieza y, naturalmente, no tarda en resbalar, yendo a caer sobre el tambor de Carlos, con resultados destructores para el tambor. Indignado el músico, le reprocha su poco cuidado. Al día siguiente Carlos encuentra en su sitio un nuevo y hermoso tambor con una cartita de Margarita, en la cual se excusa de su poco cuidado. Esto motiva una sincera amistad entre ambos jóvenes, y al cabo de algún tiempo, el estreno de una atracción formada por Carlos y Margarita, causa sensación en el teatro por el éxito obtenido.

A los pocos meses los dos jóvenes están identificados con algo más que una mera amistad. Este idilio causa gran envidia a la bella y mimada Selma, la más hermosa rubia del Follies, la cual cree que todos los hombres deben enamorarse de ella solamente. Para vengarse de Margarita invita a Carlos a que componga una música apropiada para una atracción, proponiendo a éste salir con ella aquella noche. Carlos, hombre al fin, se deja tentar por la bella Selma, y aquella noche la pobre Margarita tiene que irse a su casa sola. Indignada, jura que no estará sola, aceptando la invitación de un amigo para asistir a una fiesta que dan los demás artistas. Al llegar a la fiesta se encuentra con Selma y Carlos, y a fin de atraer la atención de su antiguo enamorado, hace toda clase de disparates, causando la hilaridad de los invitados. Todos han reído, pero concluida la fiesta vuelve a encontrarse sola, regresando a su casa sin la compañía de nadie. Selma, segura de su éxito, habla en mala forma de Margarita, y Carlos, dándose cuenta de su mal proceder, se indigna reprochando a Selma su vileza.

Ha pasado algún tiempo. Carlos y Margarita están casados. Un hermoso vástago obliga a Margarita a retirarse de la escena.

La bella Selma no se decide a abandonar su presa, y aunque nada más sea para probar la fuerza de su atracción femenina, quiere a toda costa conquistar de nuevo a Carlos.

La composición de unos números musicales es el pretexto que usa la moderna Eva

para el logro de su capricho. Carlos ha sido vencido otra vez por el encanto de la sirena, pero bien pronto se da cuenta de su flaqueza, y huye de aquella mujer, confortándose con el cariño de su esposa.

Margarita ha sido puesta al corriente de la infidelidad de Carlos, gracias a la *amabilidad* de una antigua y envidiosa amiga. A pesar de ello, acoge a su esposo con los brazos abiertos, y cuando éste quiere explicarle lo sucedido, un beso pone la mudez en sus labios.

Aquella noche, mientras Carlos duerme tranquilamente, su mujer lanza al cielo una plegaria, pidiendo a Dios que no deje caer a su *frágil* esposo en nueva tentación.

“El Jazz-band del Follies” es una gran revista

Todos cuantos hayan tenido ocasión de admirar las grandes revistas «Yes Yes» o «Joy Joy», podrán volver a admirar los maravillosos cuadros que aparecen en esta clase de revistas, ya que la película «El jazz-band del Follies», de la marca Metro Goldwyn, está basada casi en su totalidad en una revista en la cual las escenas en colores y los derroches de lujo en la presentación se suceden, haciendo de esta película una de las de más interés de la temporada. Esto, unido a la gran cantidad de artistas que en ella toman parte, y que, además, se trata de una revista americana, con lo que queda dicho que es de una gran vistosidad a causa de la belleza de sus mujeres y del lujo que impera en ellas. Su estreno se efectuará en breve en los elegantes salones Capitol Cinema y Pathé Cinema.

¿Cómo viven las artistas que tanto admiramos en la escena?

Esta pregunta de tanto interés queda contestada en la película «El jazz-band del Follies». El asunto está tomado de la novela de Adela Rogers Clair, y se basa en la vida de los artistas, revelando detalles íntimos tanto del escenario como del hogar. Según nos asegura la casa Metro Goldwyn, a quien pertenece esta producción, su estreno se efectuará en el Pathé Cinema y Capitol Cinema.

Tom Moore

Tom Moore, el conocido artista, ha vuelto a la escena muda con la película «El jazz-band del Follies», después de haber estado algún tiempo sin actuar.

El sueño de un vals

En el Coliseum se pasó en prueba privada, el jueves anterior, esta película de la «Ufa».

«El sueño de un vals» es una comedia deliciosa y fina, con pinceladas sentimentales que la prestan mayor encanto.

Magnífica la presentación; es decir, como es costumbre en la «Ufa» y admirable de veras la interpretación.

Este film tendrá un éxito grande el día que se proyecte ante el público.

Fausto

Otra película marca «Ufa», pasada en prueba en el Coliseum.

La cineversión de la formidable obra de Goethe, es sencillamente estupenda.

«Fausto», en la pantalla, tal como ha hecho revivir en ella la «Ufa» la obra del genio alemán, es algo magnífico y definitivo.

Cuando sea pasada ante el público, haremos su crítica con la atención que merece. Por hoy basta con esta escueta referencia, toda vez que no la podemos acompañar, como merece, con gráficos de varias escenas.

La tía de Carlos

La nueva entidad, «Exclusivas Fénix», pasó en sesión de prueba, la semana pasada, la película «La tía de Carlos», de la que es principal intérprete Sidney Chaplin.

El nombre del artista, basta para significar que «La tía de Carlos», cuyo asunto es ya conocido en la escena hablada, es una comedia graciosísima que obtendrá un éxito rotundo el día de su estreno. Y nosotros celebraremos que así sea.

Noticiero cinematográfico

Ya se ha constituido la comisión organizadora del banquete-homenaje a nuestro ilustre compañero don Joaquín Freixes, director de «Arte y Cinematografía», señalándose la fecha del día 15 de octubre para su celebración.

El jueves de la semana pasada, por la noche, se inauguró el «Capitol Cinema», con la producción Metro Goldwyn, «Dick, el guardia marino», de la que ya publicamos varias escenas en nuestro número del día 16 del actual.

La platea del nuevo salón de cine, presentaba un magnífico aspecto.

El nuevo gerente de la «Procine», don Modesto Pascó, ha dado a esta casa una ruta distinta a la que llevaba, pudiendo asegurarse que le esperan muchos triunfos.

CARTELES DE CINE

MANUFACTURA GENERAL DE IMPRESOS - LITOGRAFÍA

REPRODUCCIONES DE ARTE - CATÁLOGOS CROMOS - FACTURAS

Teléfono n.º 674 G.

PAPEL DE CARTAS-TARJETAS Y DEMÁS TRABAJOS COMERCIALES

R. FOLCH Villarroel, 223 - París, 130 BARCELONA

LA MODA EN EL CINE

Las eternas variaciones de la moda

Han llamado al cine, en los últimos tiempos, «el paraíso de la belleza», porque en él viven y triunfan las mujeres más bellas de todas las latitudes. Quien de tal modo le calificó, debió de ser un oriental, entusiasmado por la exaltación que el séptimo arte hace de la forma femenina, a la que glorifica de una manera eléctrica y portentosamente magnífica.

Los directores de las grandes marcas cinematográficas parece que se hayan puesto de acuerdo para, superándose a sí mismos, hacer de sus «estrellas» portavoces de la belleza, de la moda y del buen gusto. Y hasta estas mujercitas frívolas, deliciosas figulinas de seda y de nácar, en alas de la emulación, parece que quisieran apagar el brillo de sus contrincantes, haciendo de sus infinitos encantos escaparates de la moda, desde los que lanzar al mundo el último derroche de buen gusto con que acreditar sus derechos a ocupar el dorado trono con que las alucina la hegemonía de la moda universal.

¡Soberano papel juega la forma femenina en este moderno tinglado de la pantalla, desde cuyo centro, pléyades sin fin de mujeres hermosas admiran al mundo con el atrevimiento de sus últimas creaciones! Las unas parece que pretendieran justificar su anhelo poniendo su triunfo en manos de la perfecta pureza de sus líneas, al igual que lo hiciera la sublime Afrodita, creada por la soberbia inspiración de Pierre Louis. Otras buscan en las aplicaciones del arte puro, escala maravillosa con la que alcanzar las cumbres más altas de la admiración universal. Y las más aprovechan las exageradas creaciones de los más imaginativos modistos para adornar la estatua viva de su portentosa belleza con las sedas, los armiños y los encajes más costosos.

Pero esto no basta. Hasta tal extremo han llevado sus afanes estas alocadas mujercitas, que cada vez, el que de lejos las admira, las exige más. Las casas productoras han comprendido que el mundo está pendiente de la forma, y obligan a sus directores a hacer derroches de buen gusto y a ser la admiración del mundo con sus maravillosas producciones, y tanto éstos como las «vedettes» a sus órdenes se lanzan a caballo de la fantasía en busca de temas decorativos, ya por el mundo de lo clásico, sen-

cillo y sereno, ya por el imperio de lo fastuoso, soberbio y sensual.

Prueba de este aserto pueden servir los gráficos que ilustran esta página, y que demuestran que la «Metro Goldwyn» y sus «vedettes» se han dado cuenta del gusto que acompaña al mundo civilizado en su camino hacia la perfección.

Eurítmico y delicado, el primero de ellos parece un bajo relieve arrancado de los muros de un templo oriental elevado a la memoria de una virgen muerta por un dios enamorado y generoso. Recargado en parte, y en parte sencillo y armónico en todo su conjunto, el segundo prueba suficientemente el salto portentoso de lo clásico a lo moderno, no exento de gracia y de esa exaltación de la línea femenina de que habláramos en principio.

Esa deliciosa mujercita moderna, muy de su época y, por lo tanto, muy femenina, bien a las claras nos da a entender la despreocupación que siente la mujer del siglo XX ante todo lo que no sea tema decorativo de su belleza, pues nuestras adorables contemporáneas tienen en tanto la línea como una griega de las Olimpiadas, y un concepto del adorno aún más amplio que una oriental de la decadencia.

Ser centro de un mundo iluminado por la admiración del hombre y por la envidia de las mujeres, es su anhelo mayor, y de ahí que traten con excentricidades y exotismos atraer sobre su linda personita las miradas de toda la humanidad que las rodea. Apenas viven para otra cosa que no sean sus sedas, sus plumas y su belleza; pero es tan perdonable su modo de proceder, que no debieran los hombres pagar su generosa esplendor más que con un eterno agrado por sus volubilidades y sus giros locos en torno a la moda.

¿Qué importa que sean esclavas de la eterna coqueta, si con su esclavitud saben ser reinas?

La mujer, en general, hace gravitar sobre sí todo el mundo que la rodea, y concibe la belleza a través de su belleza misma.

Todo lo creado lo fué para que ella tomase de lo mejor lo más bello. Las plumas, las sedas, las joyas y los perfumes, la entusiasman, porque ve cómo su belleza se realza, dentro del estuche de una veste magnífica. No hace, con esto, más que cumplir la misión, para que fué creada. Maga del artificio, en sus triunfos viven, los del sexo contrario, sujetos y esclavizados a sus menores caprichos.

MISS GLADYS



Museo fotográfico de POPULAR FILM



ENRIQUE BORRÁS

El glorioso actor catalán, que debuta en el teatro Novedades, con la obra póstuma de GUIMERÁ, "*Per dret diví*", el día 2 de octubre

Popular Film

PERFIL LITERARIO

Angel Samblancat

Ha doblado ya los dos lustros la fecha en que conocí al autor de «La Casa Pálida». Ello aconteció en Barcelona el año 1914, cuando en Europa empezaban a sonar los primeros clarines de guerra.

Venía yo del campo raso de la Mancha, y mi espíritu estaba impregnado de la quietud de su paisaje y de la serenidad de los libros clásicos que distrajeran mis ocios. Mi perspectiva no se extendía más allá de unos molinos de viento, y mis lecturas rebasaban apenas la linde del siglo de oro español.

En la primera exploración literaria que hice al llegar a Barcelona, me topé, de pronto, con un nombre y luego con un hombre: Angel Samblancat. El nombre estaba impreso en las planas de un semanario insurgente y romántico. Al hombre lo hallé metido en un entresuelo de la calle de Junqueras, trabajando en la mesa que le servía de yunque, sobre las cuartillas en que iba forjando sus ideas, sus frases de hierro candente, rodeado de libros que perfilaban sus lomos en las estanterías, que cubrían por completo las paredes del cuarto.

La prosa de Samblancat sonó en mis oídos como una música bárbara y extraña, porque su armonía era nueva para mí. De buscarle entonces un símil, habría dicho que era ululante como el huracán, enrespada como el océano y fragorosa como la tempestad.

La traza del hombre me pareció la de un luchador de grecorromana, y la de un cura guerrillero carlista, y la de un revolucionario

ruso. ¿Que estos tres tipos no concuerdan, que existe entre ellos manifiesta semejanza? Acaso... Pero estos tres tipos quedaron fundidos en uno en mi retina. Ahora, no. La traza física y el pergenio literario de Angel Samblancat se me antojan idénticos. Es decir, que la idea se ha plasmado en el hombre, que el hombre es su obra: de recio armazón o esqueleto, de amplia fachada, de arquitectura barroca, granítico, rubicundo: luz solar — con las ventanas ávidas de cielo —: pupila azul.

De entonces acá, el vino joven, rojo y fuerte de la prosa de Samblancat, se ha ido tornando añejo. Se sube antes a la cabeza, pero es más transparente, de mejor calidad. Tiene más grados del pensamiento, se ha refinado el estilo, es más gustoso el léxico.

Si su prosa no hubiera sido vino puro, se habría avinagrado como el de otros cosecheros literarios. Pero ahí está, rubio como el oro, más grato que nunca al paladar en sus envases: «Jesús atado a la columna», «Con el corazón extasiado», «La Casa Pálida».

Los que en sus cenas espirituales no hayan libado aún de este néctar reconfortador, deben apresurarse a comprar cualquiera de las vasijas que lo contienen y apurararlo de un trago y sin miedo. La embriaguez que produce este vino, no inspira más que ideas nobles y generosas.

MATEO SANTOS

Eldorado: «El cosaco»

Con la zarzuela de Jorge y José de la Cueva, música del maestro Ernesto Rosillo, «El cosaco», se presentó en Eldorado la compañía de Federico Caballé.

Como el espacio de que disponemos es corto y la actuación de esta compañía será larga, con lo que tendremos ocasión de hablar de ella más extensamente, baste hoy con decir que «El cosaco» fué del agrado del público y que el popular barítono Federico Caballé obtuvo un triunfo muy personal.

Por cierto que su elenco se ha reforzado con un actor cómico tan excelente como Paco Gallego y con un tenor de la categoría de Ricardo C. Lara.

La actual temporada de Eldorado, promete ser eficaz, económica y artísticamente.

Nuestra portada

Renée Adorée, la bonita estrella de la pantalla que aparece con John Gilbert en «El gran desfile», se asoma esta semana a nuestra portada para demostrar que si como artista de cine vale mucho, como mujer es estupenda.

ESTAFETA

Alfonso Moreno. — Ciudad. — Contestamos siempre con mucho gusto a cuantas preguntas nos hacen nuestros lectores. El retrato de esa artista se publicará cuando la actualidad lo requiera.

Salvador Conel, de Valencia, desea mantener correspondencia con dos lectores de POPULAR FILM que residen, una en Galicia y otra en Andalucía.

J. P. B. — Madrid. — La colaboración espontánea no se remunera nunca. Los periódicos de toda clase eligen sus colaboradores, y a esos sí que les paga, como es natural, puesto que solicita sus trabajos. Los espontáneos bastante tienen con que se les publiquen sus artículos cuando merecen este honor. ¿No le parece a usted lógico?

Ojelia de Betancourt. — Cambio. — Las fotos y datos referentes a Valentino publicados en esta revista, los justifican su muerte. Con mucho gusto publicaremos los de su actor preferido cuando sea oportuno, pues esto no obedece a un capricho, sino a exigencias de la actualidad. La dirección de Aimé Simon-Girard, es la siguiente: 103, rue de Lauriston, París 16e. Además de «Los tres mosqueteros», «El hijo del pirata» y «El beso de la victoria», ha trabajado en «La Grande Amie» y «Mylord l'Arsonille». Tiene cuarenta años de edad. La suscripción anual vale nueve pesetas, y puede enviárselas por giro postal a esta Administración.

C. Staehlin. — Madrid. — ¿Cree usted que tiene realmente mucha importancia? Por lo visto tiene usted buen humor, amigo.

Juan Rosell. — San Sebastián. — No conocemos ese libro, ni creemos que le sería de mucha utilidad. Lea POPULAR FILM, se orientará mejor, seguramente.

Miripo. — Desde luego es casa solvente.

María Roelra. — Ciudad. — Las direcciones que le interesan, son: Metro, 1540 Broadway, New York City; igual y 518 E. 49th St. New York City.

Salvador Trias. — Los números que usted pide se los podemos servir al mismo precio.

PRESENTACIONES Y ESTRENOS

Tívoli: La compañía Sánchez-Ariño y el juguete cómico «María Fernández»

La semana pasada se presentó en el escenario del Tívoli la compañía Sánchez-Ariño, con el juguete cómico de los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández, «María Fernández».

Figuran en este elenco comediantes de verdadero mérito. Alberto Romea, al que hace unos años habíamos visto trabajar junto a Enrique Borrás, en un género de teatro muy distinto al que cultiva ahora, lleva su apellido, ilustre en la farándula, con mucha dignidad y decoro. Es Alberto Romea uno de los actores de talento artístico más sólido y flexible que pisan los tablados. Nos sorprendió verle interpretar un papel cómico — personaje de astrakanada — sin caer un solo momento en esas exageraciones y chabacanerías a que arrastran al actor esta clase de muñecos teatrales. El muñeco, al encarnar en él, adquirió vida, se humanizó y fué uno de esos individuos grotescos y absurdos, sin proponérselo, que vemos en la escena del mundo.

Amalia Sánchez-Ariño es una actriz notabilísima, de gesto y ademán sobrios, llenos de esa naturalidad tan difícil de conseguir, sobre todo en obras como «María Fernández», en que sucesos y tipos quedan deformados, en caricatura.

Isabel Barrón, graciosa, bonita, pizpireta, se adueña sin esfuerzo del alma del personaje que interpreta, y cuando no la tiene, sabe crearla. Pocas damas jóvenes he visto tan completas y de temperamento artístico tan fino, como Isabel Barrón.

Otro cómico enorme es Vicente Ariño. Tiene fibra, dominio de la escena; conoce el valor de la frase y de la situación; sabe dar realidad artística al tipo que ha de animar en el tablado de la farándula.

La obra... de Muñoz Seca, con o sin colaborador. Admitido su teatro, «María Fernández» no aumenta su fama, pero tampoco la merma. Hay chistes y situaciones graciosos; tipos vistos con ojo de caricaturista.

Yo creo que si la risa favorece la digestión, «María Fernández» es un buen digestivo.

M. S.



KALMINE

EL MEJOR SELLO
CONTRA EL DOLOR

Laboratorio P. METADIER
TOURS

De venta en todas las buenas farmacias
y droguerías de España.

Depósito general para España: Establecimientos DALMAU OLIVERES, S. A.: Paseo Industria, 14, Barcelona

El asalto al ambulante de Correos

Exclusiva L. GAUMONT

por Ralph Lewis y Johnnie Walker

PEQUEÑO PRÓLOGO

Entre todos los empleados de Correos que cumplen escrupulosamente con su deber, convencidos de su alta misión y de su responsabilidad, el más modesto, el más simpático y el más popular de todos, es el cartero.

El frío, la lluvia, el viento, todo lo aguanta impasible, nada le hace retrasar el momento de llevar a sus destinatarios las cartas que rebosan su enorme cartera, y en las que se confunden y mezclan los gritos de dolor con las voces de esperanza, con las frases de amor, con los anuncios de muerte y de deshonra, con las promesas y los juramentos de cariño...

El cartero cumple estóicamente con su deber, y cuando la carta que entrega contiene noticias desagradables, el siente, si se entera, una pena enorme y hasta se culpa íntimamente como si hubiera estado en su mano evitar aquel dolor.

Y cuando la carta que entrega hace sonreír con alegría al que la recibe, se siente inundado de júbilo y hasta orgulloso por haber sido el portador de la dicha.

En las pequeñas poblaciones y en los barrios de las ciudades populosas y cosmopolitas, todos conocen y saludan al cartero, al que les lleva, sin saberlo, la felicidad o el dolor.

I

Pedro Johnny era uno de estos modestos héroes anónimos que, como misioneros de la verdad, convencidos de su alta misión de distribuidores del pensamiento humano y, por lo mismo, de la Civilización y del Progreso, van día y noche recorriendo trochas y veredas, a despecho del frío y de la lluvia, de la nieve y del viento...

Verdadero empuerado de su profesión, hombre de alma pura, sin mancha, para Pedro Johnny no existía más camino ni distracción más agradable que el cumplimiento de su deber.

Pedro tenía un hijo, Carlos, el cual seguía la misma senda de honradez, aprendida de su padre en la escuela del ejemplo cotidiano. Carlos Johnny, un mozo de carácter alegre y expansivo, pero recto, era oficial de Correos en la sección de certificados y valores declarados.

Carlos tenía una hermana, Elvirita, muchacha traviesa, pero inocente y para como un ángel.

Cometida una travesura, Elvirita se arrepentía al momento de su hazaña, que nunca tenía graves consecuencias.

Una mañana, mientras el jefe de la familia hacía el reparto de correspondencia, su esposa, buena y hacendosa, y sus hijos, estaban en el pequeño jardín. Carlos y su madre, regaban las plantas y los macizos de flores, y Elvirita jugueteaba por aquel delicioso lugar, corriendo de un lado para otro. Pero al ver a su madre junto a la boca de la manga de riego, tuvo la diabólica idea de abrir la llave, dando un baño inesperado a la bondadosa mujer. Carlos, amenazando a su hermana, que se acercó a su madre pidiéndole que le perdonara su ocurrencia.

Pero a pesar de estas travesuras de Elvirita, el nido de los Johnny era un modelo de hogares humildes y acogedores.

En las horas que tenían libres, Carlos tocaba el violín y sus padres y su hermana escuchaban embelesados la música alegre o patética que el joven arrancaba al instrumento con verdadera maestría y con gusto depurado.

Pared por medio a esta casa, donde se respiraba toda la dicha que produce la satisfacción del deber cumplido, hablábase la que podíamos llamar la mansión del dolor, y en la que vivía la niña Rosita Morley, pobre enferma, huérfana de madre y atacada de una dolencia terrible e incurable; parálisis parcial de los miembros inferiores. Rosita se pasaba un día y otro postrada en su lecho o recostada en una butaca, sin otro aliente que el de esperar, casi siempre sin esperanza, la llegada de su padre.

German, el hermano mayor de Rosita, y su único apoyo y consuelo, puesto que el padre de ambos no se preocupaba ni poco ni mucho de la enferma, a duras penas podía subvenir a las más perentorias necesidades de aquella casa en las que se descomponen, por completo, las cosas superfluas.

Pero allí cerca, pared por medio, estaba el corazón de oro de Pedro Johnny, que no reparaba en sacrificios con tal de ver brillar la luz de una sonrisa en los pálidos labios de la infeliz parálitica.

II

El día en que da comienzo esta narración, Rosita había escrito una carta a su padre pidiéndole una muñeca. La pobre niña, que no podía correr ni jugar como las otras niñas, se aburría atrozmente en su forzosa quietud y necesitaba, para distraerse, una muñeca, un juguete que no la obligara a lo que no podía, a moverse.

Pedro rasgó el sobre, que por toda dirección llevaba escrito en su anverso: «Para papaito. Donde se encuentre». Al enterarse del contenido de la misiva, y una vez que hubo terminado su recorrido de por la mañana, invirtió unas pesetas en comprar la muñeca pedida por Rosita Morley.

Al regresar a su hogar se detuvo en la casa de sus vecinos, entregando a la desdichada niña un paquete, diciéndole que lo había recogido en Correos. Lo abrió Rosita, y al destapar la caja vio con inmensa alegría una preciosa muñeca, que creyó se la enviaba su padre, desdichándose en alabanzas a él. Su hermano German, con las lágrimas pugnando por salir

de sus ojos llenos de tristeza, apretó la diestra del bondadoso cartero, que proporcionaba aquella hora de júbilo a su hermana.

Pedro, también conmovido, se creyó bien pagado con la alegría que proporcionaba a la rapaza y con la rapaza y con la mala gratitud de German.

Aquella noche el buen Johnny apenas si pudo disfrutar de la agradable tertulia de su hogar, esa hora tan dulce para todos los trabajadores en que después de comer, y con toda la familia reunida, el hogar parece más hogar que nunca.

Pero un compañero enfermo le había rogado hiciera el recorrido por él, y como Carlos se hallaba también de servicio nocturno, padre e hijo salieron juntos hacia la Administración de Correos.

Cuando Pedro efectuaba la recogida de los buzones, estaba una formidable tormenta. Los relámpagos, con su luz ardiente, brillaban en el firmamento, zigzagando de nube a nube; sonaban pavorosamente los truenos y caía el agua copiosa, siendo cada hilo de lluvia como un helado estilete.

El diluvio no decrecía y Pedro Johnny, envuelto materialmente por el agua, que chorreaba por su impermeable e inundaba sus fuertes zapatos y guiado por el resplandor de los relámpagos, continuaba impertérrito cumpliendo con su deber.

Al llegar cerca del último buzón vio Pedro un perro que, lanzando lastimeros gruñidos, tendía hacia su carriquito sus patitas entumecidas por el frío. El buen hombre tomó en sus brazos al pobre animal y volvió a subir al carruaje, que cabeceaba y crujió a cada bache.

Mientras tanto, en la Administración, un serio peligro amenazaba a Carlos. Favorecido por la obscuridad, un criminal había conseguido limar los gruesos barrotes de una de las ventanas posteriores, e introducirse en la Oficina. El ruido del agua apagaba las pisadas del bandido que, provisto de una máscara, avanzaba cauteloso hacia el punto donde el joven se hallaba absorto en su trabajo.

En un momento, Carlos se vio ligado de pies y manos y amordazado. Acto seguido, el emascarado colocó un cartucho de dinamita en la caja de valores. Al estallar el cartucho, Pedro Johnny, terminada ya su vuelta, llegaba a la oficina. Rápido se precipitó en el interior con el animalito en sus brazos; el criminal, al verlo, disparó contra él, y la bala fue a dar al perro, cuyos penetrantes aullidos pusieron en fuga al ladrón.

El carriño que Pedro sentía por su hijo, venció a la sorpresa que le produjo la agresión, y apresuróse a desatarse a Carlos, preguntándole:

—¿Estás herido?

—No, papa, sólo un pequeño golpe, no hay que asustarse por eso.

Por fortuna, Carlos se hallaba ileso, y el emascarado no había podido llevarse nada. No tardó en llegar la policía, encontrando una huella que debía ponerles forzosamente sobre la pista del asaltante. En el talón de uno de sus zapatos, llevaba incrustado en sentido horizontal, un grueso clavo.

El hombre que había intentado robar la oficina era Arturo Morley, padre de Rosita y German. En otro tiempo, Morley había sido un excelente sujeto, pero entregado al alcohol y a las malas compañías, fue poco a poco descendiendo por la pendiente del vicio, de tal modo, que cada día se jugaba la vida y la libertad en audaces aventuras.

Al fallarle el golpe contra los valores existentes en la Administración de Correos, Arturo Morley se dirigió a su casa, y obligando a levantarse a German, le gritó lleno de furia:

—¡Arrriba, gendul! ¡Vamos, prepárame en seguida algo que comer!

Pareció al desnaturalizado padre que su hijo andaba un poco tarde en desprecizarse, y para espabilarlo de una vez, le tiró un zapato que salió disparado por la ventana y fue a dar en la puerta de Johnny, al mismo tiempo que éste penetraba en su casa.

A duras penas pudo contener una exclamación de júbilo al ver, en el talón de la bota de su verino, la misma señal que la huella dejada por el ladrón en la oficina.

Su primer impulso fue denunciar a Morley, pero pensó luego en la pena que ello produciría a la infeliz Rosita, y echó el zapato al fuego, destruyendo así la única prueba que podía condenar a su vecino.

La noticia del heroico comportamiento de los Johnny llegó bien pronto a conocimiento del director general de Correos, y pocos días después fueron estos llamados por el jefe de la ciudad para notificarles que se hallaban propuestos para una recompensa.

La carta recibida por el Administrador, estaba concebida en estos términos:

«Señor Administrador de Correos.

Muy señor mío: Habiendo examinado detenidamente su informe, relativo al heroico y noble comportamiento de los funcionarios Pedro y Carlos Johnny, le autorizo para que les conceda la recompensa a que a juicio de usted se hayan hecho acreedores.

Lo saluda,

Juan Dew,
Director general de Correos.»

Pedro Johnny no aceptó nada para sí; había nacido cartero y cartero quería morir; pero en cambio, todo le parecía poco para su hijo, así que, después de dar las gracias rogó concedieran a Carlos la recompensa destinada a los dos.

Precisamente uno de aquellos días debía salir del

puerto el vapor «Entreprise», conduciendo más de un millón de dólares en valores. Hacía falta un hombre seguro para el transporte de tal cantidad, y Carlos fue nombrado ambulante del «Entreprise».

Aquel día había llegado al puerto el yate «Shark», cuyo propietario, Enrique Krantz, dedicado a las lucrativas faenas del contrabando, tenía frecuentes entrevistas con Morley. Este oyó por la noche cómo Carlos le comunicaba a su hijo German que al día siguiente debía embarcar en el «Entreprise», llevando a su cargo más de un millón de dólares en billetes, y le faltó tiempo para poner la noticia en conocimiento de su compinche Krantz. Los dos criminales, con el brillo de la codicia pintada en sus ojos, elaboraron en unos minutos el plan para apoderarse del dinero.

Estaban los dos malhechores en un café de mala reputación, y como uno de los parroquianos quisiera gustarle a Krantz una bromita de mal género, éste se levantó con ira y de un fuerte puñetazo derribó a tierra, como si fuera un muñeco, a su contrario.

Se levantó el contrabandista de Krantz, emprendiéndole los dos a golpes como en un *match* de boxeo Krantz, más fuerte que su rival, le atizó un directo que lo privó del sentido. Luego se dispuso tranquilamente de Morley, diciéndole:

—Esta noche, a las doce, le aguardo en el «Shark».

—No faltaré — repuso Morley.

III

Desde hacía algunas noches, los hermanos Morley, después de cenar, entraban en casa de Johnny, donde pasaban la velada en tan grata compañía.

La buena madre repasaba la ropa de sus hijos y esposo; Elvirita se distraía jugando con Rosita, y el padre leía los periódicos del día, mientras que German y Carlos hacían sus prácticas de radio, con un aparato que este último había comprado.

De pronto, Carlos ordenó callar a su hermana, que en aquel instante lo llamaba, y exclamó:

—El vapor «Entreprise», en el que yo debo embarcar, está comunicando. Por cierto que llevará a mi cargo certificados por valor de un millón de dólares.

Estaba precisamente Morley en su casa, y oyó lo dicho por el joven oficial de Correos.

Su alma perversa, no opuso resistencia a la criminal idea nacida en su cerebro al escuchar las palabras de Carlos, sin tener en cuenta el daño que se proponía causar a aquella honrada familia que amaba y protegía a sus desdichados hijos. La ambición y la maldad eran más fuerte que los gritos de su conciencia.

Al sonar las doce, Arturo Morley se deslizo, favorecido por la obscuridad de la noche, en una balsa, mar adentro, hasta llegar donde estaba atracado el «Shark», cuyo dueño le preguntó:

—¿Cómo ha tardado usted tanto, Morley?

—Porque he estado trabajando, y con provecho, para ambos. Se nos presenta una ocasión magnífica para hacernos con un millón de dólares en moneda contante y sonante. ¿Quiere usted que realicemos el negocio juntos?

Y le contó en pocas palabras la conversación que había oído en casa de Johnny.

Brilló en los ojos de Krantz la codicia, y extendiendo un pliego sobre la mesa, le dijo a su cómplice:

—Veá usted... Aquí es donde estamos ahora. El «Entreprise» estará *matana* por la noche, a las once, a unas noventa millas del puerto. Si hace usted todo conforme yo se lo digo, el dinero será nuestro.

A continuación, Krantz explicó a su cómplice el plan que tenía, y que era el siguiente:

Morley debía tomar pasaje en el «Entreprise» y, aprovechando las horas de descanso del ambulante, robar los valores que cubocara en una maleta flotante, la cual arrojaría al mar.

Esa maleta llevaba en su interior un mecanismo de relojería, que encendía una luz muy potente colocada en el interior de la misma, y esta luz serviría de guía a los tripulantes del «Shark» para recoger el botín.

Al día siguiente Carlos Johnny, en el puerto, acompañado de su madre y hermana, se disponía a abandonar a los suyos, sin poderse despedir de su padre, que retenido por su deber, apenas si pudo llegar a tiempo para despedir a su hijo, cuando ya el barco se hallaba a unas cuantas brazas del muelle.

Carlos, contento con su nuevo cargo, comenzó a trabajar febrilmente en la estafeta de a bordo. A las once de la noche, hecha ya la clasificación de correspondencia, cerró cuidadosamente la oficina, retirándose a su camarote, contiguo a la estafeta.

Durante todo el viaje, Morley no había perdido de vista a Carlos, y cuando lo vio salir y encerrarse en su camarote, violentó la puerta de la estafeta precipitándose en su interior.

Encima de la mesa estaba el saco que contenía los valores. Se apoderó de él, lo rasgó con la misma navaja de Carlos, que dejó en el mismo sitio en que la había hallado, y metió los pliegos en la maleta.

El oficial Mendel, de guardia en el barco aquella noche, hacía en aquel momento su ronda por aquel lado del buque, y extraviado de que todavía hubiera luz en la oficina de correos, llegó a la puerta en el preciso instante que Morley iba a salir.

Al verse descubierto, Morley disparó contra el marino, dejándolo sin vida.

Al ruido de la detonación llegó Carlos, que todavía no se había acostado, entablándose una cruenta lucha entre él y el bandido. Este último, más fuerte que Carlos, consiguió dominarlo, y rápido lo arrojó al agua, juntamente con la maleta.

Mientras los demás marinos invadían la estafeta, viendo la navaja del oficial de Correos junto al muerto, lo cual les hizo creer que era Carlos el asesino, éste luchando desesperadamente con las olas, consiguió llegar hasta la muleta de la que salía un débil destello de luz. El «Shark», que seguía de cerca el correo, destacó una lancha y Carlos fue recogido por los contrabandistas.

Krantz, que esperaba recoger a su cómplice, vió desagradablemente sorprendido al encontrarse con el oficial de Correos, a quien sometió a tortura para hacerle hablar, y no pudiendo sacar nada en limpio, ya que Carlos lo ignoraba todo, lo mandó encerrar en un camarote que, por fortuna, se hallaba contiguo a la estación de radio.

Mientras en alta mar se desarrollaban estos sucesos, otro no menos doloroso tenía lugar en la misera casita de los hermanos Morley.

Rosita, sintiendo llegar su última hora y en el delirio de su fiebre, llamaba a su padre con voz angustiosa.

Germán, seguro de que su hermanita se moría sin remedio, y transido de dolor, imploraba arrodillado ante un crucifijo:

— Señor, Señor, no te la lleves!... ¡Mira que yo me quedaré muy solo en el mundo!

Luego corrió a casa del buen cartero en demanda de auxilio.

Pero cuando llegaron a la casa, Johnny sólo pudo cerrar los ojos de la niña, que momentos antes había dejado de existir.

Como un último quejido de aquel inocente corazón que sufría tanto por la falta del cariño paterno, había junto a ella la última carta que escribió a su padre.

Pedro leyó:

«Querido papaito:

El buen cartero Pedro me trajo la *moneta* que me mandaste que *giera* los ojos.

Te *viera* mucho papaito. *Bucleo* a casa que estoy muy triste.

Rosita»

IV

Dejamos a Carlos encerrado en un camarote del «Shark», al lado de la estación de radio. Por fortuna para él, el telegrafista no estaba en su puesto, y mediante un esfuerzo sobrehumano pudo llegar hasta el manipulador y expedir un despacho en demanda de socorro.

Precisamente una parte de la escuadra americana realizaba maniobras por aquellas aguas, y uno de sus buques fue el que recibió el mensaje de Carlos. Decía éste:

«Vapor americano «Entreprise» ha sido asaltado a los 34° longitud Norte y 120 Oeste. Un yacht que se dirige hacia el Sur es el autor de la fechoría... Yo estoy...»

«Lleva esto inmediatamente al Almirante — dijo el telegrafista, entregando el despacho al oficial de servicio.

Al leer el jefe de la escuadra el telegrama, ordenó al oficial:

— Cambie la ruta hacia el Norte. Yo subiré al puente en seguida... Circule, además, órdenes a la escuadra para que funcionen los reflectores.

Púsose la poderosa escuadra en movimiento, y bien pronto el «Shark» se vio bajo la acción de cientos de reflectores, al mismo tiempo que por radio le daban la orden de rendirse.

Krantz ordenó poner la máxima presión, y el rápido yate emprendió veloz carrera... A los lados del buque caía una lluvia de balas...

Viendo el almirante que los bandidos trataban de huir, mandó disparar un torpedo que fue a dar en la popa del yate... Minutos después, el «Shark» desapareció bajo la inquieta llanura de las olas...

Cuando Carlos, recogido con los demás naufragos por las lanchas de salvamento llegó a la cubierta del buque almirante, aparecía tan culpable como los demás; más aun que ellos, ya que todas las apariencias le condenaban, y él, en cambio, no podía mostrar una sola prueba a su favor.

V

Al siguiente día la tranquilidad del hogar de Pedro Johnny fue alterada por los gritos de los vendedores de periódicos anunciando el asalto del «Entreprise».

Compró uno de aquellos cotidianos, anunciadores de la terrible nueva, y en su primera página, con letras de grandes caracteres, aparecían estas líneas:

«Robo y asesinato en el vapor «Entreprise». Desaparecen certificados por valor de un millón de dólares.»

Y a continuación, el siguiente emocionante relato: «La escuadra americana persigue a un yacht sospechoso y lo ceba a pié, capturando a algunos de sus tripulantes y pasajeros. Las últimas noticias recibidas por radio ratifican la creencia de que fue el ambulante de correos Carlos Johnny el autor del robo y de la muerte del oficial de a bordo, que sucumbió en la lucha. Dicho ambulante no ha confesado aun su crimen; pero se espera que, abrumado por las preguntas de sus jueces, no tardará en declararse convicto y confeso.»

Pedro, terminada la referencia que del suceso daba el periódico, exclamó:



— ¡Eso es falso! ¡Mi hijo no puede ser un criminal y un ladrón!

Y aquel hogar, ejemplo de honradez y de laboriosidad durante largos años, se convirtió en un instante en un hogar triste y negro.

Por fin llegó el día de la vista de la causa por robo y homicidio, seguido contra Carlos Johnny, y este, faltar de pruebas, fue condenado a muerte.

Al conocer el fallo, Pedro, enloquecido de dolor, fue a ver al Gobernador para que intercediera por su hijo.

— Señor Gobernador! — suplicó el desdichado—. ¡Me llamo Pedro Johnny, y vengo a pedir gracia para mi hijo!... ¡Lo matarán a las seis de la mañana!...

— Yo lo siento, pero no puedo hacer nada en ese sentido! — repuso el Gobernador.

— Nosotros dos, mi hijo y yo, hemos cumplido siempre nuestro deber... hemos trabajado siempre por la patria... ¡Hasta nos han recompensado por nuestro buen comportamiento! ¡Mi hijo es inocente, yo lo juro!...

— Lo siento de veras, pero nada puedo hacer en ese asunto.

— Pero no comprende usted bien, señor?... ¡Quiéren arrebatarle a mi hijo... a mi único hijo!

Y vencido por el dolor se arrojó a sus pies, suplicando:

— ¡Por el amor de Dios... apídesese de mí!... ¡Sálvelo!...

— La sentencia está pronunciada, y sólo una prueba clara de la inocencia de su hijo podría anularla. Creame, me es imposible hacer nada por él.

Perdida toda esperanza, el infortunado padre quiso dar a su hijo el último abrazo antes de que llegara el momento trágico, y tomando un auto, se dirigió a toda marcha al embarcadero, antes de que partiera el último «ferry-boat» hacia la base naval de Sunsalite, situada al otro extremo de la bahía, y en cuya cárcel el desgraciado Carlos veía con terror correr los minutos que señalaban el término de su vida.

Saltando vallas y atropellando a cuantos pretendían cerrarle el paso, llegó Pedro al embarcadero cuando el «ferry-boat» acababa de dejar la orilla.

Saltó a una gasolinera y desafiando a la muerte se metió near dentro, sin fijarse en que las nubes se adensaban amenazadoras, estallando a poco una horrible tempestad.

Las olas, grandes como montañas, jugaban con la débil embarcación, que pronto comenzó a llenarse de agua, sumergiéndose con increíble rapidez.

Durante una hora, Pedro luchó desesperadamente con las olas. Ya se consideraba perdido, pudo asirse a una tabla desprendida de la gasolinera, logrando mantenerse a flote, batido siempre por las olas, en medio de la neblina de la noche y sin esperanza de ser auxiliado por nadie.

VI

Entretanto, Arturo Morley, sin ninguna prueba en su contra, que lo señalara como el verdadero y único autor material de los horribles sucesos del «Entreprise», ni siquiera tuvo necesidad de comparecer ante la justicia. Quedó, pues, en plena libertad, para continuar sus hazas y fechorías.

Pero todas las maldades se pagan tarde o temprano y la misma noche en que Pedro Johnny se dirigía a la prisión en que su desgraciado hijo aguardaba el angustiante instante de ser ajusticiado, para darle el último adiós, Arturo Morley, acababa de realizar su última hazaña, fue sorprendido y herido por la policía. Conteniéndose la sangre que le manaba a borbotones del pecho, entro tambaleándose como un borracho en el negro auto, covacha de la gente viciante, guarida de ladrones, asesinos y hampones, que a él mismo le servía de albergue por lo regular.

En aquel minuto transcendental de su vida, llegó a manos del malhechor una carta de su hija Rosita, la última que pudo redactar la infeliz rapaza y al final de ella la siguiente postdata de Germán:

«Padre: Rosita acaba de entregar su alma a Dios misericordioso. ¿Tampoco esto te obligará a regresar a casa?»

Tu hijo, Germán»

Aquella carta llegada en momento tan crítico, obró el milagro de hacer vibrar el corazón del facineroso y por primera vez, desde hacía muchos años, sintió como le acusaba su conciencia.

Haciendo un esfuerzo titánico, muy superior a sus fuerzas, se dirigió a la cárcel para confesar su crimen y librar de la muerte y del deshonor a Carlos Johnny, al que tanto mal había causado.

Al despuntarse el alba, arrojado por las olas a la playa, Pedro, que durante toda la noche tuvo que sostener una ruda lucha con el furioso temporal, recobraba el conocimiento muy próximo a la cárcel de Sunsalite.

En uno de los calabozos más lóbregos, Carlos, amo-

nadado por el peso de su desgracia, oía humildemente y con cristiana resignación, las piadosas palabras de un sacerdote, que en sus últimos momentos, procuraba reconfortar su decaído espíritu, diciéndole:

— Y piensas, que por mucho que sufras, nunca sufrirás tanto como el Hombre que vertió su sangre por los pecados del mundo...

Aquellas palabras producían el efecto de un bálsamo milagroso en el ánimo del condenado a muerte, que, olvidando su propia desgracia, pensaba tan sólo en el dolor que por él estarían sufriendo los seres queridos.

El recuerdo de sus padres y de su hermana tan bien amados, abatió por unos momentos el ánimo del infeliz joven y el dulce nombre de madre subió a sus labios, ahogado por un sollozo; pero pronto se rehizo y su fortaleza de alma le hizo serenarse y esperar el momento fatídico con la serenidad del hombre que es inocente y cuya conciencia de nada le acusa.

Habían sonado ya las seis, cuando Pedro Johnny volvió a recobrar el sentido y aún no habían izado en la cárcel la bandera negra, anunciadora de que el reo había sido ejecutado.

Todavía era tiempo de abrazar al hijo querido... Aún viva y ¡quién sabe!, aún Dios y la justicia de los hombres podía compadecerse de ellos.

Pero no, nadie detendría ya la mano del verdugo. Loco, con el rostro deshecho, fuera de sí, corría Johnny por los lúgubres pasillos de la prisión llamando a su hijo.

— ¡Carlos!... ¡Carlos!... ¿Dónde estás?... ¡Soy yo!... ¡Tu padre que viene a darte el último adiós!

Penetró en la primera celda que vio abierta y se encontró con Morley, casi agonizante, que le dijo, enseñándole la carta que había recibido de sus hijos:

— Esta carta... ¡salva a su hijo... Yo he venido... a confesar mi culpa... para salvarlo...

— En efecto—intervino un empleado de la cárcel—. Este hombre ha venido espontáneamente a confesar su crimen... Su hijo está puesto en libertad enseguida.

La Justicia Divina se había cumplido, Morley pagaba con su vida sus innumerables crímenes y el desamparo en que tuvo a sus hijos. Y él no tuvo a su muerte una mano cariñosa que cerrara sus ojos, ni un corazón amante que encomendara su alma pecadora al Altísimo, al Juez Supremo.

La confesión y arrepentimiento de Arturo Morley, fue para Pedro Johnny la vida de su hijo, que se la devolvían cuando estaban a punto de arrebatarle, poniendo a su cadáver, como sudario, la afrenta y el deshonor.

Aquel instante supremo de su larga vida, el más sublime y conmovedor de todos, el momento cumbre, casi lo enloqueció de alegría, y corriendo a la celda de Carlos, que ignoraba aún su ventura, gritó frenético:

— ¡Libre!... ¡Libre!... ¡Salvado!...

En aquel grito que resonó en toda la cárcel puso su alma entera como queriendo abrazar con él a su hijo y a los hombres todos, que minutos antes le parecían compendio de la maldad y que ahora consideraba como otras veces, sus hermanos.

Era la suya una carrera desesperada; entraba en una celda y salía fugaz para penetrar en otra, hasta llegar a la de su hijo con la ropa hecha girones como una bandera acuchillada a balazos, pero gloriosa por eso mismo; con la faz ensangrentada por su combate con el temporal, como la de un héroe, vibrando todo él en este grito único:

— ¡Libre!... ¡Libre!... ¡Salvado!...

Cuantos presenciaban la escena, hombres avezados a estos trances de dolor, y a estos arrebatos de alegría, lloraban enternecidos al contemplar a aquel padre que, sin preocuparse de su lamentable estado, no pensaba en nada más que en su hijo querido.

Uno de los empleados pudo al fin detenerlo en su loca carrera y guiarlo por los lóbregos pasillos de la cárcel, hasta el final de uno de ellos, donde estaba Carlos, a quien acababan de notificar que la justicia, rectificando su error, le concedía desde aquel momento la libertad y proclamaba su inocencia.

Por fin se encontró, sin saber como, en los brazos de su hijo, y mientras abrazado a él lo cubría de besos, su emoción era tanta, que sus labios sólo sabían pronunciar las mágicas palabras como una cantinela:

— ¡Libre!... ¡Libre!... ¡Salvado!... ¡Estás libre, hijo mío!... ¡Estás libre!...

— ¡Certo, papá, ¡estoy libre! Y parece mentira, ¿no es cierto? ¡He resucitado!

Y aquellos dos hombres honrados, digno símbolo del glorioso y ejemplar cuerpo de Correos, que como una inmensa red abarca todos los rincones del mundo, por apartados que estén y por humildes e insignificantes que sean, salieron de allí estrechamente enlazados, para volver de nuevo a cargar con la cruz del deber, cruz que es siempre de sacrificios y que tiene como única recompensa la satisfacción del deber cumplido.

Llor a esos hombres abnegados, héroes anónimos de la humanidad, espejos de honradez y rectitud, que sin alcanzar honores ni glorias, saben perder sus vidas por el cumplimiento de su deber, siempre sagrado.

FIN



Este número ha sido visado por la censura

Reputar film

© Biblioteca Nacional de España